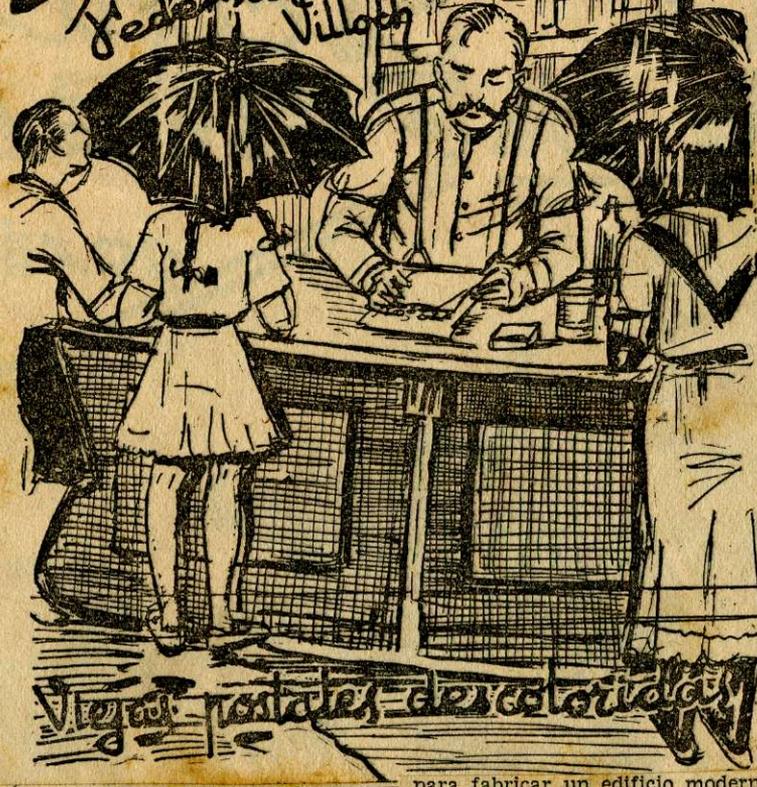


# LA BODEGA ALONSO

Por Federico Vilches



**V**A tendrá usted noches buenas que recordar, ¿eh?, —nos dijo un sincero amigo, fiel lector de estas viejas postales descoloridas.

—Sí, algunas —le contestamos— y entre ellas, una que pasamos en la Bodega de Alonso.

—He oído hablar de esa bodega. Si tuviera la bondad...

—Estaba situada en el mismo centro de la ciudad, en la esquina de Prado y Neptuno, donde se encuentra hoy el restaurant «Miami», antes café de «Las Columnas». Era un destartalado caserón de mampostería, en parte con techos de tejas que ofrecían al visitante en días de lluvia una infinita serie de goteras. A veces, durante las grandes lluvias, se veían algunos marchantes frente al mostrador, cubiertos de sendos paraguas. Pero nadie se inmutaba; ni Alonso, el dueño, por su parte, abrigaba el menor propósito de reformar su establecimiento, sabiendo de antemano que un día u otro habrían de ordenarle el desalojo del mismo

para fabricar un edificio moderno. Como sucedió al cabo, levantándose el de tres pisos que hoy se ve en aquella esquina, en el tercero del cual estuvo instalado al principio el Ateneo de la Habana y, después, el Casino de la Colonia Alemana.

En una de las salas del Ateneo, la primera vez que estuvo aquí en la Habana el poeta peruano Santos Chocano, allá por el año 6 ú 8, nos recitó a varios periodistas y literatos su briosa composición «Los caballos de los conquistadores». No hemos oído después otra recitación que superara a la del poeta y recitador. También en esos salones del Ateneo se celebraron, allá por el 1904, varias sesiones o juntas en pro del Teatro Cubano —¡miren si es vieja la matraquilla!— en la primera de las cuales un señor —precisamente el que la presidía, el doctor...— sostenía la tesis extravagante de que siendo el autor nativo de Cuba, aunque su obra se desarrollase en la China y entre personajes asiáticos, se trataba y debía clasificarse como de Teatro Cubano. Lo que al público le importa es la fe de bautismo de



la obra y no la del autor. Por su ambiente, su color local, por ejemplo, no son obras del Teatro Cubano, sino del Teatro Español y de las más gloriosas, ni «El Conde Alarcos», de Milanés, ni «El Mendigo Rojo, de Luaces ni «El Alfonso Munio», «Saul» y otros dramas y tragedias de la excelsa Gertrudis Gómez de Avellaneda. Y si lo son, en cambio, «La Tejedora de Sombreros», «La Hija del Pueblo», del bardo bayamés José Fornaris, la bien tramada comedia de costumbres «Casarse con la familia», del doctor José de Poo y los numerosos juguetes y pasillos cómicos del fecundo escritor matancero Augusto Madan, obras todas que se desarrollan en Cuba y respiran nuestra peculiar manera de ser y de sentir. A causa de esas y otras aberraciones por el estilo nuestro zarandeado teatro vernáculo no ha emprendido jamás una ruta firme y provechosa. Pero no nos salgamos del asunto de esta postal. Es que los recuerdos son como las cerezas, que se saca una del cesto y salen enganchadas cientos de ellas.

Ese tramo de Neptuno, entre Prado y Consulado, ha sufrido una completa transformación desde los años 80 y pico. En la esquina de Neptuno y Consulado levantábase, haciendo pareja con la Bodega de Alonso, la primitiva fonda de «La Estrella», gran caserón destartado, con techo de tejas, favorecida por una bullanguera muchedumbre de empleados de poco sueldo, cómicos y elementos modestos del foro. En la acera de enfrente, donde estuvo después el Restaurant «Fornos», una casa de madera, ocupada por la hojalatería de Brunat, del borde de cuyo tejado pendían, al alcance de las manos del transeunte y también dándole en la cabeza, coladores de café, guayos, jartos, regaderas y otros productos de la industria. Entre la Bodega de Alonso y La Estrella, separado de la acera hacia adentro unos ocho metros, hallábase el teatro «Torrecillas». Cuando muchos años después fué clausurado, se instaló en aquella casa un almacén de tabaco en rama, donde tuvo lugar un sangriento suceso, siendo el protagonista un dependiente astur zagalón de diecinueve años, y la víctima otro dependiente, su compañero, de mayor edad que él, que le hacía objeto constante de sus acerbas burlas, y al que aquel le privó de la existencia de una certera puñalada: un drama de la vida real en aquel que había sido alegre teatro de Bufos.

La Bodega de Alonso era de lo más pintoresco que existía en aquella «alegre y confiada Habana» del 83 al 95. Punto de reunión de la bohemia artística y periodística, se veían allí por la noche, sobre todo después de la salida de los teatros, grupos charladores y bromistas en los que casi siempre figuraban Arturo Mora, el «Chato», hermano de Gastón e íntimo y fraternal amigo de Antonio San Miguel, director de «La Lucha», con quien había compartido sus primeros años de arriscada bohemia; Hernández Miyares, director de la «Habana Elegante»; Antonio Escobar, unas veces redactor de «La Lucha», otras de «La Discusión»; y durante algunos meses director fundador del diario «El Popular», que obtuvo un éxito notable y en cuya redacción lo ayudaban Ramos Merlo, Poo y otros vibrantes periodistas de la época. También eran frecuentes visitantes de La bodega de Alonso el dibujante Ricardo de la Torre, bohemio de pour-sange, Oscar Held, un simpatísimo dibujante alemán que trabajaba de retocador en la fotografía de Cohner, de la calle de O-Reilly, y el que nunca faltaba, el impenitente bohemio de volcánica imaginación para inventar viajes fantásticos y románticas aventuras: el entonces tan conocido y popular Prellezzo.

Si fuéramos a anotar todo, sería interminable la postal de la bodega de Alonso, porque hay mucho que recordar. Su dueño se enorgullecía del servicio del establecimiento, donde se vendían unos chorizos asturianos cuyo perfume, al ser fritos o revueltos en tortilla, atravesaba la calle y llegaba hasta la «Acera del Louvre» y de «Nadal», despertando el apetito de aquella bohemia juvenil, a la ver-

dad, de bolsa poco desahogada. Concurrían, además, y eso sin un día de tregua, tipos pintorescos y originales entre ellos uno apellidado Gerona, un periodista que tenía la habilidad de figurar en todos los desafíos entonces muy abundantes, de amigable componedor unas veces, y otras — y no escasas — de verdadero promotor; de todo lo que se veía bien pagado al cabo con las cenas conciliatorias que se celebraban después, en la citada bodega, entre los protagonistas del suceso, en la que también figuraba a menudo un joven apellidado Calderón, al que los asistentes del local le llamábamos «el novelista fugaz», por el don especial que tenía para inventar, de viva voz, el plan y argumento de

POB LA ESCUELA CUBANA EN CUBA LIBRE

una novela amorosa, policíaca, realista, romántica o del género, en fin que se le pidiera. Hoy ganaría un tesoro en las estaciones de radio trasmisoras, inventando episodios policíacos o de otras clases para «uso de Ruddy Root, Chan-Li-Po y demás héroes del aire.

A últimas horas de la noche, ya por la madrugada, recalaban por la parte de afuera de la bodega una porción de mendigos callejeros, a los que Alonso nutría generoso con los restos de las cenas, llamándoles ¡Eh! ¡patulea, a comer! entre ellos aquel loco llamado «Venturita», que recorría a pie la ciudad entera con una pesada barreta de hierro al hombro, imaginándose ser el jefe de una escuadra de «voluntarios»; un negro siempre lleno de cintajos y galones rojos, el pecho cubierto de cruces de hojalata que él mismo se recortaba y el cual se hacía llamar el «General Molina»; y, distinguiéndose entre todos por su prestancia cómica, uno que decía ser el «último negro aristócrata» y que según él se llamaba Crispín Antonio O-Farrill Montalvo Laguardia Cárdenas Pérez de Apodaca y Chapotén, dicho todo ello con una prosopopeya que movía a risa, y abriendo la boca que parecía la ancha de un buzón.

Benjamín de Céspedes, médico y alto empleado en la Sección de Higiene» y su inseparable compañero Panhito Giralt —el hobrecito del eterno gabán color café con leche claro— también médico y ambos bohemios recalcitrantes, acudían a menudo a la bodega. Con motivo del gran éxito literario y de librería que obtuvo la obra «La Prostitución en la ciudad de la Habana», escrita por Benjamín, se le dió a éste un banquete en la trastienda de la bodega, que era, como dijimos, donde por lo común se reunían los asiduos de la casa; y el ya citado Calderón improvisó una novela cuyo final llenó de misteriosas etcéteras, que algunos años después vimos descifradas: Benjamín abandonaba su Patria oprimida, se embarcaba para el extranjero, allí se hacía rico etc. etc. etc. Efectivamente, algunos meses después, Benjamín se embarcó para Costa Rica, allí se casó, se hizo rico y murió al cabo de algunos años...

¡Oh! aquellas inolvidables salidas por la última puertecita que daba al Prado, saturados del sabroso vino blanco del Riveiro, en botas, que detalaba Aloho a cinco centavos el vasito, vencida ya la madrugada y cuando el «rubi-

cundo Febo» empezaba a asomar sus crenchas de oro por encima de las «ruinas de Zulueta», las de «Palmira», como decían los habaneros; y hoy la Manzana de Gómez.

Los periodistas jóvenes y de combate escribían o tomaban notas para sus artículos o reportajes, allí sobre el mostrador de la Bodega de Alonso: ella fué la precursora de las múltiples y distintas barras que hoy cumplen igual o parecida misión. Un periódico de «choteo» que se escribía entero en la bodega entre vasos de vino y chorizos fritos de Avilés; «La Cebolla», dibujado por aquel genial y modesto artista Paret, y redactado por aquel eterno y saludísimo guasón que se llamó Antonio Escobar. En primera plana solía publicar el retrato de alguna de las estrellas del mundo alegre que tenía su sede allí próximo. «La Cebolla», más que escrito, era un periódico hablado; cuando a alguno de los periodistas visitantes de la bodega se le ocurría escribir algo de «la índole del periódico», lo recitaba entre los amigos, y ello corría después de boca en boca por las «Aceras del Louvre» y de «Nadal», hasta popularizarse en la Habana.

Doña Matilde Bambolla natural de Candelaria y presidenta honoraria del... Diario de «La Cebolla»

O algo parecido.

Los doce números que se publicaron del semanario «La Cotorra» fueron escritos por el Ledo. José Gerónimo Lozano —«el gordo Lozano»— juez y autor bufo de mu-

cha gracia, que hizo célebre su juguete cómico «Por sacarle un cascabel»; y por el también joven periodista cubano Carlos Noreña, poeta fácil, escritor de costumbres y capitán auditor de guerra del ejército español, que después llegó a general. Colaboró en «La Cotorra», la plana mayor de aquella «Hostería del Laurel» cuyo recuerdo nos es tan grato traer a la memoria. Algún soneto de aquellos de corte clásico a los que tan aficionado era Enrique Hernández Miyares —hasta dar andando los años con «La más Fermosa» —que tan famoso lo hizo— nació allí, bajo la agujereada techumbre de aquella tabernucha que guareciera a más de un Cyrano de Begezac criollo. Lozano sostuvo un duelo muy interesante con Pancho Varona Murias en 1887, pactado allí en la Bodega de Alonso. Pocos meses después Lozano murió «trágicamente», decían los periódicos; aunque la verdad de la tragedia no llegó nunca a conocerse.

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

11 4  
POR LA ESCUELA CUBANA EN CUBA LIBRE

Era una época romántica de duelos e ideales; la del duelo de Alberto Jorrín en la Cabaña con Duzubil, un oficial del ejército español, fatal para el primero, el del general Lachambre con Agustín Cervantes, los de Pancho Varona Murias, cada uno de los cuales aparecía envuelto en una leyenda de valor que le pusieron a la altura del invencible y legendario Artagnan. También recordamos en 1899 el duelo entre Ricardo de la Torre, hermano de D. Carlos, con el que luego fué el nombrado Senador de la República doctor Maza y Artola, siendo padrino del primero Agustín Cervantes. Epoca, en fin, de los paseos amistosos, nocturnos del general Antonio Maceo con el coronel Santocilde, por la «Acera del Louvre», quien habia de morir años después combatiendo con el propio general Maceo en Peralejo...

La bodega tenía en la trastienda una especie de comedor ocupado a todo lo ancho por una tosca mesa de madera a la que se adosaban viejos bancos y ennegrecidos taburetes en que se sentaban los marchantes a la hora de la comida.

Algunas veces, caída la tarde, en esa penumbra propicia a los misterios y conciliábulos, se veía sentado allí a Juan Gualberto Gómez en conversación íntima y reservada con un desconocido, un delegado seguramente de la Junta Revolucionaria de Cayo Hueso; pero Alonso le era fiel como un perro a sus amigos.

Constituían unas de las notas pintorescas de aquel sitio, ver, de madrugada, de vuelta de alguna velada o función elegante, a Pío Gaunaurd, —padre de Julito, fallecido recientemente— de frac o smoking, como lo estaba de costumbre, comiéndose un chorizo de pie ante el mostrador de la bodega. En noches de ópera, cuando ya se habían los alrededores —Acera del Louvre; Parque Central; Helados de París— desalojado de coches particulares y de distinguidas familias, muchos elegantes de los que no llevaban en el bolsillo del blanco chaleco de piquet más que un estrujado y mugriento camaroncito de a medio peso, hacían lo mismo que Pío Gaunaurd...

En esa esquina de Prado y Neptuno perdió no hace mucho la vida, entre las ruedas de un tranvía, Juan Estable, valiente revolucionario del 95; y uno de los más alegres visitantes de la célebre bodega; en su tiempo, cuando más, le hubiera cortado el paso y dado un susto, uno de aquellos desventajados coches que se llamaban «arrastrapanzas».

Recordamos una Noche Buena celebrada allí por el año 1891, en la grata compañía de Hernández Miyares, Ramos Merlo, Pancho Varona, Carlos Noreña, el dibujante Torriente y el melancólico poeta Abelardo Farrés, que con tres o cuatro vasos del citado vino del Riveiro, se convertía en el hombre más alegre y escandaloso del mundo. Se recitaron versos y se dijeron discursos, algunos de ellos de color bastante subido; pero sin consecuencia. Los guardias de orden público que nos oían, murmuraban:

—Cosas de los mochachos. (Los mochachos eran siempre los de la Acera).

A última hora recaló en la bodega según su costumbre el ya citado «novelista fugaz» Calderón; y fué, como era consiguiente, invitado a la cena, haciendo al final de ella el horóscopo de cada uno de los comensales. Pasados los años vimos que acertó en algunos, sobre todo con el de Pancho Varona, al que auguró «una muerte digna en el campo del honor»; si bien estuvo desacertado con el del postalista que cursaba por entonces el tercer año de la carrera de derecho; y al que profetizó que una

vez terminada esta regentearía uno de los máas acreditados bufetes del foro habanero; como se ha visto, perdimos el pleito antes de terminar la carrera, toda vez que meses después de aquella noche la dejamos para emprender nuestro primer viaje a Europa, sin reanudarla a la vuelta de él, como fué siempre nuestro propósito; pero... —Mañana... mañana...

Después de media noche, cuando ya las libaciones de las copiosas cenas de Noche Buena que era costumbre servirse en bodegas y almacenes de viveres, empezaban a surtir sus efectos, iban reuniéndose en el centro del Parque los mozos dependientes del comercio y formando, cogidos de las manos, grandes ruedas en las que al compás de alegres giraldillas, melancólicas pravianas y otros cantos por el estilo, gritaban, en esta ¡Viva Colunga! en aquella ¡Viva Luarcal! en la de allá ¡Viva Villaviciosa! en la de aculla ¡Viva Pravia! hasta que calentando los cascos en demasía, enarbolaban los garrotes, arremetíanse los grupos, y se amaban las grandes trapatiestas, corriendo la sangre en abundancia. Pero intervenían las parejas del orden público en forma de poder moderador, se concertaba una paz honrosa, corría la sidra también abundante en casa de Alonso, y todos otra vez hermanos y ¡Viva España!

Y hasta el año que viene ó hasta estos —¡ay!— en que ahora estamos...

Pocos meses después de esta Noche Buena que recordamos, dió comienzo la demolición de la Bodega de Alonso.

*Don die 19/37*

1. -Este m  
ción o  
liberit  
IA  
see sa  
aspire  
de pro  
2. -Goster  
prin  
te. ce  
eman  
tenoia  
3. -Propo  
te. de  
ne sob  
sólo  
ganis  
funde  
pirt  
eieno  
tiosa  
4. -Rees  
urban  
del E  
goate  
diern  
5. -Procl  
grab  
nos y  
6. -Juzg  
nacio  
co. o  
cupan  
pecc  
7. -Repu  
cubos  
Guar  
tate

TRIMONIO  
MENTAL  
HISTORIADOR  
DE LA HABANA